

## Semblanza personal de Manuel Garrido (1925-2015)

LUIS M. VALDÉS VILLANUEVA

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia ofrecía en 1972, año en que me incorporé como estudiante de tercer curso de la licenciatura de filosofía, un muestrario bastante fiel de la fauna filosófica española de la época. Había entonces en España menos de un tercio de las universidades que existen en la actualidad y sólo en tres de ellas se podía cursar la licenciatura de filosofía. El momento era crítico. El agotamiento de la dictadura acrecentaba la efervescencia política a la vez que favorecía la aparición de movimientos de renovación filosófica. Los impulsores de la filosofía instalada en las universidades durante la posguerra estaban en franca retirada —algunos de ellos en plena fase gatopardesca— y lo que iba a venir no estaba todavía bien definido, ni mucho menos asentado. La cuestión candente del momento, que como se cuenta del problema de los condicionales, hasta los cuervos graznaban en los tejados de Alejandría, era la grandiosa confrontación entre «analíticos» y «dialécticos», a la que se dedicaban ímprobos esfuerzos en forma de simposios, debates, mesas redondas, publicaciones, ... con notable éxito de crítica y público. La Facultad de Valencia no escapaba al sa-rampión del momento, si bien el fragor de la batalla no parecía alcanzar las cotas de Madrid o Barcelona. Un pequeño detalle dará al lector una idea de la situación. En Valencia, al empezar el curso, se nos preguntaba a los estudiantes como la cosa más natural del mundo, si queríamos clases de filosofía de la ciencia «burguesa» (esto es: Carnap, Popper, Kuhn, Feyerabend, etc.) o «proletaria» (esencialmente

materialismo dialéctico) y, consecuentemente, el grupo se dividía en dos (bien es verdad que el ala dialéctica no era muy numerosa) con dos profesores, dos programas, etc., etc.

Para mí, que procedía de una universidad de provincias en la que los estudiantes de los primeros cursos eran sometidos a una rigurosa dieta filosófica de apariencia dialéctica, pero cuyo rasgo más sobresaliente era en realidad su carácter atrabiliario, el panorama que encontré en Valencia fue todo un descubrimiento. A diferencia de otras universidades, en Valencia casi todas las opciones filosóficas estaban disponibles y el profesorado era mayoritariamente joven, ilustrado y animoso. Si la memoria no me falla, acababa de quedar vacante la cátedra de Metafísica, con lo que la Facultad contaba sólo con tres catedráticos, un número reducido para la estructura universitaria de la época. Una de ellas era la de psicología, una materia que, aunque integrada en la sección de Filosofía, estaba empezando su despegue como especialidad independiente y a la que, a decir verdad, los estudiantes de filosofía, con nuestra habitual fastidiosa autosuficiencia, no le prestábamos demasiada atención. Las otras dos cátedras eran la de Historia de la Filosofía, que desempeñaba Fernando Montero, un profesor competente y estudioso de formación fenomenológica aunque con ciertas inclinaciones analíticas, y la de Lógica y Filosofía de la Ciencia, que estaba a cargo de Manuel Garrido. Los dos tenían sus propios equipos formados por gente de valía con inclinaciones tanto intelectuales como políticas muy variopintas y que exhibían una cierta rivalidad no exenta de tiranteces, sin que en ningún caso llegara la sangre al río.

De Manuel Garrido se decían en la Facultad cosas extraordinarias (en todos los sentidos), pero sobre todo se subrayaba que había fundado *Teorema*, una publicación que llegó a tener en sus primeros años un número increíble de suscriptores para una revista de filosofía de cualquier país. Contaba también Garrido en su haber la entonces espectacular hazaña de haber dotado al Departamento de Lógica, pagado de su propio bolsillo, con un ordenador, cuyo tamaño era inversamente proporcional a su poten-

cia, que dejaba literalmente pasmados a los muchos estudiantes y profesores que, como si de una peregrinación se tratara, le rendían visita. Sin duda, Garrido jugaba con cierta ventaja; el «producto» que patrocinaba tenía el atractivo de la novedad y el cambio, palabras casi mágicas en aquellos momentos en los que se concitaban tantas esperanzas y empezaba a despuntar en España lo que Ferrater Mora, un buen amigo suyo, había llamado el «cambio de marcha en filosofía».

Mi primer encuentro con Garrido se produjo al asistir a sus clases el mismo año que llegué a Valencia. Entre los estudiantes, tenía fama de ser una persona enigmática, distante, de trato difícil y cuya sola presencia intimidaba. En cierto sentido, esa fama no era inmerecida. Sus clases eran siempre cortas y en ellas, a diferencia de lo que yo estaba acostumbrado a presenciar hasta entonces, la verborrea gratuita brillaba por su ausencia. En cada sesión, impecablemente vestido y siempre acompañado por uno o dos ayudantes, exponía con una claridad modélica un problema generalmente complejo (podía tratarse de un problema de metafísica, epistemología, filosofía de la física o de la biología, lógica o inteligencia artificial) y, lo que era una novedad muy celebrada y agradecida, casi siempre entregaba a los participantes unas fotocopias con un sumario de la cuestión que la hacía más «digerible». Y había cierta verdad en lo que he dicho: su austeridad verbal y el trato cortés, pero seco e incluso cortante, imponía. Nadie podía imaginar que el siempre elegante profesor había conducido hasta hacía poco una Harley Davidson que sólo había abandonado por una lesión ósea. Sin embargo, como muchos de sus estudiantes pudimos comprobar, cuando fuera de las clases lo abordábamos mostrando interés por algún aspecto o matiz de los asuntos que exponía, su actitud cambiaba sustancialmente. No es que pasara directamente al tuteo (el «usted» con los estudiantes era para él de rigor y sólo lo abandonaba cumplido el trámite de la defensa de la tesis doctoral), pero en esa circunstancia se mostraba mucho más cercano, tomaba genuinamente en serio las observaciones u objeciones que le hacíamos y uno descubría

que tras sus austeras lecciones de lógica y filosofía de la ciencia se escondía una multifacética formación filosófica, vastos conocimientos de psicología y sociología así como una amplia formación literaria y artística (muy especialmente en música y cine). Su generosidad era también proverbial: a muchos de sus estudiantes y colaboradores nos abría de par en par las puertas de su casa en J. J. Dómine y nos permitía servirnos de su biblioteca privada, mucho mejor surtida de novedades (y de clásicos filosóficos y literarios) que cualquier biblioteca universitaria de la época.

Una pregunta que muchos nos hacíamos entonces y que no hallaba respuesta satisfactoria —Garrido casi nunca hablaba de sí mismo— tenía que ver con su formación. En un ambiente en el que casi nadie conocía un segundo idioma, Garrido destacaba por hablar perfectamente alemán, que, de hecho, era su segunda lengua materna, pues su padre, catedrático de la Facultad de Medicina de Granada, había contraído segundas nupcias con una señora de Osnabrück. Hablaba también muy aceptablemente inglés y francés. Parecía natural pensar que había tenido grandes maestros, quizás en prestigiosas universidades de Alemania, Inglaterra o EE.UU. Sin embargo, con el tiempo descubrí que Garrido había sido rigurosamente autodidacta. Estudió los cursos comunes de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Granada y después, como alumno libre, los dos cursos de la especialidad de filosofía en la Universidad Central, todo ello en la década de los cuarenta. Realmente, la Universidad de Madrid sólo la pisó para realizar los exámenes finales pues a su familia, que era bastante numerosa, le resultaba difícil mantenerlo dos años viviendo en la capital. Durante ese tiempo estudia seriamente latín y griego y lee vorazmente textos de filosofía, especialmente filosofía alemana. Bastantes veces le oí recordar con nostalgia las tardes pasadas en los jardines de la Alhambra —la casa familiar estaba muy cerca del palacio nazarí— leyendo en compañía de Carmen, la que sería su esposa, a Goethe, Kant, Heine, Schopenhauer, Nietzsche, Dilthey, Husserl o Mann, algunas de las lecturas que él consideraba que más le habían influido. En esa época también se interesa

por filósofos españoles contemporáneos como Unamuno, Ganivet, Ortega, Santayana, Zubiri o Francisco Ayala.

Una vez licenciado en Filosofía, Garrido se ocupó durante algún tiempo de enseñar Psicología en la Facultad de Medicina de Granada, e incluso llegó a hacer algunos cursos de la carrera con la única intención, según él mismo decía, de adquirir un mayor conocimiento del contexto en el que tenía que explicar esa materia. En la Facultad de Filosofía y Letras de Granada entró en contacto con Enrique Gómez Arboleya, una figura tan interesante como olvidada, a quien se reconoce como padre de la sociología empírica española. Garrido empezó incluso a redactar bajo su dirección un primer esbozo de tesis doctoral. Arboleya, que antes de la Guerra había pertenecido al círculo de García Lorca —a quien Garrido no apreciaba demasiado— y había sido durante algún tiempo secretario de Falla, le animó a trasladarse a Madrid y le facilitó algún contacto con Zubiri. Garrido tuvo varias entrevistas con él que le resultaron decepcionantes. «Estaba demasiado encerrado en sí mismo», me comentó alguna vez. Cuando Arboleya empezó su traslado a Madrid, Garrido se ocupó en Granada de explicar las asignaturas correspondientes a la cátedra de Fundamentos de Filosofía e Historia de los Sistemas Filosóficos así como a la de Filosofía del Derecho y la tesis que estaba en curso se frustró. Finalmente, pudo doctorarse en la Universidad Central con un trabajo que, después de varias negativas (entre ellas la del catedrático de Lógica, Leopoldo-Eulogio Palacios), aceptó dirigir el entonces catedrático de Historia de la Filosofía Española Rafael Calvo Serer, que lleva por título *La razón práctica, análisis de la función normativa de la razón: un estudio sobre la Ética a Nicómaco de Aristóteles*.

Como muchos de sus coetáneos, Garrido empezó, una vez que tuvo bajo el brazo el título de doctor, su periodo como «opositor a cátedras», que se extendería a lo largo de más de seis años. Desde el punto de vista personal, fue probablemente la época más difícil de su vida. La primera oposición a la que se presentó, «Fundamentos de Filosofía e Historia de los Sistemas Filosóficos» era el nom-

bre de la cátedra, tuvo lugar en 1956. Una de las vacantes era la de la Universidad de Granada de cuyas enseñanzas se ocupaba él en buena parte. No la ganó y el nuevo catedrático, uno de sus «compañeros» de oposición, no consideró oportuno renovar su nombramiento de ayudante, que vencía en el plazo de un año. Fue entonces cuando Leopoldo-Eulogio Palacios, el catedrático de Lógica de la Central, le propuso que desempeñara una ayudantía de Lógica en Madrid. Garrido comentaba que, en principio, esta invitación le resultó sorprendente; Palacios había rechazado dirigirle la tesis y los dos estaban ideológicamente muy alejados, si bien desde el punto de vista filosófico había puntos en común (por ejemplo ambos apreciaban la fenomenología y compartían cierta vena schopenhaueriana). De hecho, Garrido no consideraba sus experiencias de aquellos años junto a Palacios como totalmente negativas y, en contra de estereotipos muy extendidos, la figura de Palacios siempre la contempló con simpatía no exenta de gratitud. Tampoco tuvo suerte en 1959 con la segunda tanda de oposiciones de la misma materia que hacía tres años, pero entonces su situación personal era más comprometida. Antes de tomar la decisión de abandonar Granada se casó con la que sería su esposa y colaboradora durante casi 60 años, CARMEN GARCÍA-TREVIJANO, que le acompañó en su aventura madrileña. A la penuria económica que llevaba aparejado el tener que vivir con un salario de ayudante universitario en los años cincuenta españoles, se añadió la necesidad de atender a los gastos ocasionados por los graves problemas de salud de su mujer. Durante ese período trata de aliviar su situación financiera aceptando el encargo de traducir del alemán media docena de libros de temas filosóficos de orientación católica que fueron publicados por editoriales como Rialp o Gredos. Una buena parte de esos libros tienen, filosóficamente hablando, bastante dignidad. Se trata de obras, por ejemplo, de Theodor Haecker, el conocido resistente católico a la dictadura de Hitler o del filósofo católico de la Universidad de Münster Joseph Pipper.

Finalmente, en 1962, Garrido obtuvo la cátedra de Lógica de la Universidad de Valencia en unas oposiciones que saltaron a la fama,

no tanto por su desarrollo (que en realidad fue relativamente pacífico si se compara con otros casos, incluso de épocas democráticas), sino más bien por la obstinación en presentar *ad nauseam* este particular episodio, convenientemente adornado y descontextualizado, como si se tratara de una especie de confrontación galileana entre «i due massimi sistemi del mondo».

El *affaire* de las oposiciones de 1962 persiguió a Garrido como una especie de «pecado original» durante toda su vida. Puede parecer que volver sobre ello cuando han pasado más de cincuenta años y sus protagonistas principales son ya historia, carece de objeto. Sin embargo, dada la significación que, muy a su pesar, este episodio alcanzó es prácticamente imposible en una semblanza de Manuel Garrido no hacer sobre este asunto algunas consideraciones.

Siendo un caso ya viejo del que seguro que muchos lectores carecen de memoria conviene quizás refrescarla un poco: ¿qué es lo que pasó en esa oposición de 1962 que parece resultar tan extraordinariamente escandaloso y decisivo? El resumen de lo que podemos llamar la versión «oficial», reiterada una vez más recientemente, podría ser este: la dictadura, por razones de índole exclusivamente política, habría privado injusta y arbitrariamente de su derecho a uno de los candidatos (Manuel Sacristán), «especialista» en lógica matemática, aparentemente sin «padrinos» académicos pero políticamente comprometido con el Partido Comunista, en favor de otro candidato (Manuel Garrido) de presunta ideología filocatólica y, esta vez sí, «apadrinado» por Leopoldo-Eulogio Palacios y que «sólo» sabía lógica aristotélica.

La realidad, sin embargo, no parece haber tenido tan simples ribetes heroicos. Fue un poco más compleja. Sería necio rechazar la posibilidad de que existieran presiones políticas a lo largo del proceso en que se adjudicó dicha cátedra. Después de todo, la arbitrariedad (y también la incompetencia) eran marcas distintivas del aparato franquista. Sin embargo, lo que parece claro es que, de haber habido tales presiones, no es verosímil que hubieran sido determinantes para el resultado final. Para empezar, lo que se ha llamado ver-

sión «oficial» sistemáticamente omite que los candidatos en juego en esta oposición fueron *tres*: MANUEL SACRISTÁN, MANUEL GARRIDO y JORGE PÉREZ BALLESTAR. (En la última lista de admitidos había un cuarto candidato, FERMÍN DE URMENETA, que no llegó a presentarse.) Los tres citados realizaron los ejercicios, llegaron al final del proceso y obtuvieron votos de los miembros del tribunal. Como las votaciones eran públicas (lo fueron hasta principios de los 80), se sabe quién votó a quién: Garrido recibió los votos de LEOPOLDO-EULOGIO PALACIOS, ÁNGEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ y ALFONSO CANDAU; Sacristán el de JOSÉ CORTS GRAU («Yo no entendía nada de lógica; hice lo que me dijeron», declararía este juez años más tarde) y Pérez Ballestar el de LUCIO GIL-FAGOAGA. Cuando todo esto se toma en cuenta, la explicación «política» del resultado no es fácil de sostener. Pues, si las supuestas presiones habían puesto de antemano a Sacristán fuera de juego por «comunista» y el tribunal se guiaba por sectarios prejuicios político-religiosos (siempre, según la versión «oficial»), no se entiende que el triunfador no hubiera sido Pérez Ballestar. Este candidato sí sabía lógica matemática y era un veterano y reconocido miembro del *Opus Dei*, profesor en la Universidad de Navarra y fundador de *Anuario Filosófico*, la revista de filosofía de esa universidad. La supuesta proximidad de Garrido al nacional-catolicismo se infiere, como mínimo temerariamente, de su relación académica con Palacios, una conclusión que cuidadosamente se evita en los casos de otros discípulos del catedrático madrileño. En segundo lugar, dadas las tendencias *filosóficas* de los miembros del tribunal (y de cualquier tribunal de filósofos que pudiera formarse entonces en España para dirimir la adjudicación de una cátedra de lógica), habría sido de una ingenuidad pasmosa —y en este juego nadie era ingenuo— albergar la expectativa de obtener esa cátedra *qua* lógico matemático. De haberse producido ese espectacular resultado sólo hubiera podido entenderse en razón precisamente de posibles «presiones» políticas sobre los miembros del tribunal, sólo que en sentido contrario a las que se da por cierto que existieron.



A mayor abundamiento, se suele olvidar el contexto en el que se desarrollaba la lógica matemática en 1962. En realidad, no resultaba fácil por esos años que un lógico matemático accediera a una cátedra en muchas facultades de filosofía de las universidades de la Europa continental (e incluso de EE.UU.) donde la lógica matemática todavía era despectivamente considerada como «logística». Esto no es en absoluto sorprendente; incluso hoy día muchos sesudos profesores de Filosofía de las facultades de nuestro país todavía se resisten a admitir que la lógica o la filosofía del lenguaje sean *realmente* filosofía. No parece entonces que estuviera fuera de toda duda, como se afirma con cierta frivolidad, que *antes* de celebrarse la oposición, ya se *sabía* que Garrido sería el ganador. Más bien, lo que se *suponía* (con bastante seguridad) era que, a la vista del tribunal, el ganador no sería Sacristán que, esto no está en cuestión, objetivamente reunía méritos suficientes para ello y que fue uno de los pioneros en la introducción de la lógica matemática en España, pero cuyos merecimientos ni ese, ni cualquier tribunal español de la época que pudiera formarse, estaba en posición de apreciar. En realidad, lo que se daba más o menos por seguro era que, si no quedaba desierta, la cátedra se la disputarían entre Garrido y ese tercer opositor al que muy escasamente se nombra.

A lo largo de los años, he hablado con Garrido muchas veces sobre este asunto y mi impresión es que él no lo veía con el dramatismo con el que suele presentarse. Le incomodaba la insistencia en sacar a relucir un episodio que entendía que había sido muy importante dentro de la estrategia de algún partido político, pero que desde el punto de vista académico era un asunto bastante menor. Todo el mundo descontaba que en cualquier oposición las cuestiones de escuela y la sintonía en posiciones filosóficas con los miembros del tribunal examinador eran importantes, aunque no lo eran todo. Garrido solía referirse al proceso por el cual uno accedía a la cátedra como una suerte de «acumulación de capital» que el opositor iba paulatinamente atesorando a fuerza de «hacer un buen papel» en los ejercicios, independientemente de si al final se alcanzaban o

no los votos necesarios para resultar elegido. Las oposiciones de entonces eran de ámbito nacional y, máxime en filosofía, el universo de los posibles jueces muy reducido. Esto facilitaba que en los círculos académicos se hicieran visibles los méritos que los candidatos exhibían en público hasta que se producía un consenso alrededor de un candidato con «capital» acumulado suficiente. No quiero con ello decir que el proceso fuera *siempre* así de idílico; independientemente de las posibles presiones políticas, se producían alcaldadas, pero no parece que esto fuera la norma. Garrido, que había acumulado su «capital» en dos oposiciones previas, nunca entendió del todo la razón del obstinado reproche hacia él por haber ganado la oposición de Valencia, a no ser que lo que se pretendiera fuese que se hubiera retirado de la liza, una petición que nadie le hizo y que, decía él, en su situación no hubiera estado dispuesto a atender.

Garrido apreciaba también el que Sacristán nunca hubiera participado personalmente en los distintos episodios de esa especie de linchamiento reiterado. Por otra parte, siempre reconoció su valía, tanto por lo que respecta a sus conocimientos de lógica formal en 1962, como en relación con su actividad como filósofo. Es de sobra conocido que, al incorporarse a la Universidad de Valencia, Garrido le ofreció a Sacristán el desempeño de una adjuntía de lógica (prerrogativa que tenían entonces los catedráticos), oferta que Sacristán educadamente declinó. Muy recientemente, menos de dos meses antes de su muerte, Garrido entregó a la editorial Tecnos, listo para ser publicado, el manuscrito de su introducción, «La otra cara de Heine», que iba a preceder a una nueva edición de los ensayos de Heine *Sobre la historia de la religión y la filosofía en Alemania* y *La escuela romántica* en la edición y traducción de Sacristán de 1964 y que incorpora también el ensayo crítico de éste, «Heine, la conciencia vencida». El manuscrito quedó a la espera de su maquetación. A los pocos días de su muerte, cuando dio comienzo el proceso editorial, el director de Tecnos descubrió que en la primera página aparecía una dedicatoria: «A la memoria del filósofo Manuel Sacristán (1925-1985)». La editorial Tecnos, a la vista de las

circunstancias, decidió cambiar ligeramente el texto por «A la memoria de los filósofos Manuel Sacristán (1925-1985), Manuel Garrido (1925-2015)». Quizás en ediciones posteriores sea conveniente añadir una nota explicando este cambio y haciendo clara la intención original de Garrido en lo que seguramente intuía que eran sus últimos días.

La incorporación de Garrido a Valencia en 1962 fue para él un alivio. La salud de Carmen había mejorado notablemente y la nueva situación económica les permitía ciertas licencias hasta entonces impensables. Estuvieron un año viviendo en el centro de la ciudad hasta que decidieron mudarse a una amplia vivienda enfrente del puerto con una espléndida vista sobre el Mediterráneo. Les parecía casi increíble, después de las penalidades de Madrid (entre las que la vivienda no era un aspecto menor), su nueva situación. De hecho, su período de casi veinte años en Valencia Garrido siempre lo consideró como el vitalmente más agradable de toda su vida.

La Facultad de Filosofía de la Universidad de Valencia era en los sesenta en buena medida lo contrario del «parque jurásico» madrileño que Garrido había conocido durante los últimos seis años. No es que hubiera grandes novedades respecto del mortecino panorama filosófico nacional, pero el claustro de profesores con el que se encontró carecía de las rigideces madrileñas e incluso algunos de sus miembros hacían meritorios esfuerzos para incorporar a sus enseñanzas algunas de las corrientes filosóficas contemporáneas suprimidas desde los años cuarenta. Allí se encontró con CARLOS PARÍS, que había empezado a preocuparse a su modo y manera por la filosofía de la ciencia y que había estado, con MIGUEL SÁNCHEZ-MAZAS, en el núcleo fundador de *Theoria* en los años cincuenta. Pertenecía también a la facultad de Valencia en esos años FERNANDO MONTERO, entonces catedrático de instituto y que en los setenta ocuparía la cátedra de Historia de la Filosofía. Otra personalidad destacada en la Facultad era el catedrático de psicología JOSÉ LUIS PINILLOS, el considerado como padre de la psicología científica en España. Pinillos tenía una personalidad poliédrica; aparte de la psi-

cología, sus intereses se dirigían también hacia la filosofía y la sociología, precisamente todo el clúster que le interesaba a Garrido.

No tengo ninguna experiencia personal de los primeros años de Garrido en Valencia pero, y esta es mi interpretación, debieron ser de un cierto «tanteo». Por el testimonio de alguno de sus alumnos de aquellos primeros años, parece haber inaugurado sus cursos introduciendo muy tímidamente la lógica simbólica, pero también con muchas referencias a Dilthey, Heidegger, Sartre, Unamuno, Ortega o Santayana. Dos o tres años más tarde, la lógica, los problemas de la filosofía de la ciencia —en particular, las relaciones entre el conocimiento y el conocimiento *científico*— y las cuestiones filosófico-psicológicas relacionadas con lo que se dio en llamar «Inteligencia artificial» tomarían la delantera. Este proceso se ha visto algunas veces como una especie de «conversión» forzada por las circunstancias (léase oposición de 1962), aunque me parece más exacto contemplarlo, con algunos matices, como una evolución casi natural. Está extendida cierta imagen de Garrido, derivada muy probablemente del *affaire* de las oposiciones, que lo pinta simplistamente como un filósofo de corte escolástico que, a favor de la corriente, se transforma en analítico en un breve período de tiempo. Nada más lejos de la realidad, según mi opinión. Garrido conocía muy bien tanto la filosofía griega como la escolástica; por ejemplo, estaba familiarizado con las tesis de Palacios sobre el paralelo entre la disputa sobre si el objeto de la lógica tenía carácter ideal (Husserl) o era de carácter psicológico (psicologismo) y la mantenida en los siglos XVI y XVII entre Juan de Santo Tomás y Francisco Suárez. Durante los años le he oído muchas veces referirse a ella. Pero en realidad, su formación filosófica de origen era «continental» (esencialmente germánica y francesa) con notables derivaciones hacia ciencias sociales como la sociología o la psicología.

Creo que en sus años de Valencia esto no se entendió (o algunos no quisieron entenderlo). Hubo, sin embargo, actuaciones públicas que lo avalan. Recuerdo, por ejemplo, que cuando se produjo la muerte de Sartre en 1980 (a punto ya de trasladarse a Madrid) fue él,

ante la extrañeza de muchos de sus colegas, el que organizó un significativo homenaje en honor del filósofo francés. Venciendo increíbles dificultades burocráticas, logró traer de París la película-documental de Alexandre Austruc y Michel Contat *Sartre par lui même* (3h.30') en la que participaban tanto el propio Sartre como Simone de Beauvoir. Se proyectó durante varios días en el salón de actos de la Facultad de Filosofía y Letras precedida de una introducción que hizo él mismo y seguida cada día de discusiones sobre la filosofía de Sartre por parte de los numerosos asistentes. Sartre no era precisamente un filósofo analítico.

En muchas conversaciones —e incluso puede leerse en algunos de sus escritos—tuve la oportunidad de oír a Garrido explicar por qué durante los años sesenta comenzó a sentir aprecio por la filosofía analítica y cómo veía su encaje en el contexto filosófico español. El cuadro que él trazaba era más o menos el siguiente. Hasta las primeras décadas del siglo XX, la filosofía en España fue, si exceptuamos el krausismo y el débil positivismo francés de la segunda mitad del XIX, un asunto casi exclusivamente clerical. La llamada «generación del 98» fue realmente la que «civilizó» la filosofía en España y a Ortega, con sus luces y sus sombras, se le debe su consolidación como disciplina académica. Incluso la introducción de la filosofía en el bachillerato como materia obligatoria, hecho que no ocurrió hasta después de la Guerra Civil, es difícilmente comprensible sin esa labor previa. Ortega, salvando sus rasgos originales, se sirvió para ello de la importación de filosofía alemana y lo hizo con tal éxito que es escasamente hiperbólico afirmar que entre nosotros «filosofía alemana» y «filosofía» han sido durante mucho tiempo casi sinónimos. La herencia de Ortega, siempre en lucha con el escolasticismo, pervivió de una manera tenue, y no sin dificultades, en la universidad española de la posguerra, pero a partir de mediados de los sesenta irrumpieron abiertamente nuevas corrientes filosóficas como el marxismo, la filosofía analítica (aliados en muchas ocasiones, por extraño que parezca) o el existencialismo, que parecían satisfacer los deseos de cambio. En esas circunstancias, muchos

jóvenes estudiantes y (menos) profesores emprendieron una tarea que, con todas las distancias que se quiera, Garrido veía como paralela en cierto sentido a la realizada por Ortega en los años veinte del pasado siglo: la introducción en España de los conceptos y métodos del pensamiento anglosajón o, más concretamente, de la filosofía analítica. Fue en esa época y en ese contexto cuando Garrido empezó a considerar como una opción con la que había que contar a la filosofía analítica de la «primera hornada» —es decir la de Russell, Moore, Wittgenstein, Ryle, Turing, Carnap, Quine, Putnam, Austin, Hampshire, Strawson o Searle— en tanto que trataban con métodos distintos a los que él conocía muchos de los problemas con los que ya estaba familiarizado. Pero él no era ni mucho menos un *hooligan*. Era, y fue siempre, el menos analítico de todos los analíticos que estaban a su alrededor. Esto explica en parte la sorpresa que causaba el austero profesor cuando uno descubría su nada superficial conocimiento de, pongamos por caso, Benjamin, Bühler, Adorno, Lukács, Sartre, Marcuse o Horkheimer.

Un apoyo para su evolución lo encontró, decía él, en un significativo grupo de estudiantes de muy distintas procedencias que a su llegada se encontró en Valencia. En un período de creciente efervescencia política y social en el que se sentía el ansia de nuevas iniciativas, Garrido orientó y facilitó el desarrollo de muchos universitarios con una modestia y un respeto por la discrepancia intelectual modélicas. Dejó escrito —exagerando quizás la nota— que se le pondría en un apuro si se le preguntase con qué había contribuido al florecimiento de esos estudiantes, porque la respuesta tendría que ser seguramente «con nada». Su generación, pensaba él, se había iniciado muy tarde en casi todo y, muy especialmente, en el marxismo y la filosofía analítica (el *top* de la época). Por ello, pensaba que siempre había ido «a la zaga» de aquellos jóvenes y que, en realidad, era bastante más lo que él les debía a ellos que ellos a él.

La nómina de estudiantes y colaboradores suyos de aquellos primeros años incluye muchos conocidos profesores (no todos ellos filósofos analíticos) de la universidad española de los últimos cuaren-

ta años: están, entre otros, JOSEP LLUÍS BLASCO (ya fallecido), que sería uno de sus primeros ayudantes, a quien encargó muy pronto las enseñanzas de Teoría del Conocimiento que continuó desempeñando en Valencia durante más de treinta años; JULIO SEOANE, también ayudante suyo, interesado por la lógica, la psicología y la inteligencia artificial y uno de los pioneros de la psicología cognitiva en España. Garrido lo nombró ayudante de la cátedra de Lógica de Valencia y desde 1978 fue catedrático de Psicología en Santiago y, posteriormente (1980), catedrático de Psicología Social en Valencia; JULIO CARABAÑA, sociólogo, con importantes contribuciones a la sociología de la educación que desempeñaría durante algún tiempo una ayudantía de Lógica en Valencia y que actualmente es catedrático de Sociología de la Complutense; el también ya fallecido RAFAEL BENEYTO, un lógico con inclinación hacia la informática y la teoría de la computación, que desde 1982 desempeñaría las cátedras de Lógica de Santiago y Valencia; ALFONSO GARCÍA SUÁREZ, especialmente inclinado hacia la filosofía del lenguaje, uno de los primeros estudiosos de Wittgenstein en España y desde 1983 catedrático de Lógica en Oviedo; JOSEP SANMARTÍN, lógico y filósofo de la ciencia, impulsor de los estudios de CTS, catedrático de Filosofía de la Ciencia en Valencia desde 1984; o ROMÁN DE LA CALLE, presidente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos y catedrático de Estética de Valencia desde 1990. En esta época, se formaron también con Garrido, de manera más o menos directa, CELIA AMORÓS, una de las teóricas más sobresalientes del feminismo, desde 1985 catedrática de Filosofía Moral, a quien Garrido le dirigió una tesis doctoral sobre Levi-Strauss; JUANA SERNA, catedrática de Filosofía de enseñanza media y durante varias legislaturas diputada nacional; JACOBO MUÑOZ, que desde 1983 sería catedrático de Historia de la Filosofía en Barcelona y más tarde en la Complutense, SERGIO SEVILLA, importante especialista en ética, teoría crítica y filosofía política, desde 1982 catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Valencia, o el ya fallecido ADOLFO ARIAS MUÑOZ, catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Com-

plutense desde 1987. Además, el Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia dirigido por Garrido, incluía, por azares de la organización académica, las enseñanzas de sociología y de estética (entonces bajo el rótulo de «Teoría de la Comunicación Artística»). De las enseñanzas del área de estética se ocupaba el mencionado Román de la Calle y tenía también relación con el departamento TOMÁS LLORENS, que, creo recordar, explicaba simultáneamente Estética en la Escuela de Arquitectura. Llorens fue más tarde director del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía y director del Museo Thyssen. No deja de ser curioso que un discípulo de Garrido —esta vez en la Autónoma de Madrid—, GUILLERMO SOLANA, haya sido el sucesor de Llorens en la dirección del Thyssen.

La introducción de la filosofía analítica en España y su consolidación académica no puede desligarse de la fundación de la revista *Teorema* en 1971. Sintomáticamente, su presentación tuvo lugar en un congreso de «filósofos jóvenes» celebrado ese año en el entonces Colegio Universitario de Castellón. La filosofía analítica en nuestro país no era en 1971 una novedad rigurosa. En los años 50 la revista *Theoria* tuvo como objetivo el convertirse en órgano de expresión de la filosofía científica en España, pero el proyecto (de dos años escasos de duración) se malogró por razones fundamentalmente políticas. También, durante los 50 y 60 Sacristán y Tierno habían impulsado colecciones de libros de orientación analítica (de hecho, Tierno traduce al español el *Tractatus* de Wittgenstein quince años antes de que se tradujera al francés). Pero *Teorema* fue otra historia. Detrás de ella estaba lo que empezó a conocerse como «el grupo de Valencia», con Garrido y Blasco a la cabeza (si bien Fernando Montero ejerció como codirector el primer año). Fiel a su idea sobre el encaje de la filosofía analítica en el contexto español, Garrido concibió *Teorema* como una especie de nueva *Revista de Occidente*, bastante «católica» por cierto en sus contenidos («intenta recoger y estimular aquellas investigaciones que versen sobre problemas filosóficos modernos abordados desde un punto de vista crítico», se afirma en la presentación del primer número de *Teorema*)



que incluían no solo artículos originales, sino también, como había hecho Ortega con la *Revista de Occidente*, traducciones. En aquellos años, *Teorema* era prácticamente la única revista española que publicaba artículos de filosofía analítica y esta circunstancia, junto con el hecho de que apareciera vinculada al denominado «grupo de Valencia», ha hecho que aparezca como una revista exclusivamente analítica. No obstante, un examen riguroso de los contenidos de sus primeros quince años lo desmiente por lo menos parcialmente. Por una razón: el grupo de Valencia no era filosóficamente homogéneo y en las páginas de *Teorema* publicaron filósofos de casi todas las tendencias. Sin duda, las fuertes convicciones pluralistas de Garrido facilitaron que esto fuera así. Cuando *Teorema* reapareció en 1996, la orientación de la revista se hizo «más analítica», esencialmente porque las circunstancias de la filosofía en España eran ya muy distintas, la filosofía analítica se había consolidado y no parecía haber espacio para una publicación generalista. Garrido nunca me lo dijo abiertamente, pero creo que ese cambio no le gustó demasiado. En la presencia de la filosofía analítica en España él veía, por así decirlo, dos momentos esenciales. El primero (a partir de los años 60) protagonizado por «diletantes» y el segundo por «profesionales» (a partir de mediados de los 80). A los primeros, a pesar del adjetivo, les atribuía un papel brillante y una visión más amplia de los problemas. Sin embargo, casi todos fueron arrojados a la cuneta por jóvenes «profesionales» que con otra formación y otros medios se afanaban en el estudio y análisis de problemas más concretos. Garrido veía con cierta indulgencia gran parte de la filosofía del *paper*, un poco a la manera en que un abuelo es comprensivo con sus nietos, pero no ocultaba su disgusto con esa aproximación fragmentaria a la filosofía en la que la discusión de cualquier tesis se sustentaba en la búsqueda de un contraejemplo que, a su vez, se salvaba con una nueva condición, cuyo destino era ser vencida por un nuevo contraejemplo y así sucesivamente.

Los esfuerzos de Garrido en favor de la renovación filosófica española tuvieron su reflejo en muchas otras empresas, todas ellas ini-

ciadas en su época de Valencia. Los míticos «Cuadernos Teorema», que también desmienten el carácter exclusivamente analítico de su posición, son una buena muestra. Aunque algunos de los títulos fueron publicados por sugerencia de sus colaboradores, en su gran mayoría eran una iniciativa suya. Los simposios anuales de Lógica y Filosofía de la Ciencia constituyeron acontecimientos de una importancia difícil de entender en un contexto como el actual en el que estas reuniones forman parte de la rutina de cualquier departamento universitario, pero que entonces eran acontecimientos literalmente espectaculares. Empezaron a finales de los sesenta con dos reuniones sobre la filosofía científica en Alemania y continuaron con asiduidad (y, todo hay que decirlo, con gran sacrificio económico y personal para el matrimonio Garrido) hasta mediados de los ochenta. Fue multitudinario, tumultuoso y, en muchos sentidos, revelador de lo que realmente se cocía en la universidad española, el celebrado en noviembre de 1971 bajo la presidencia de Ferrater Mora [«Filosofía y ciencia en el pensamiento español contemporáneo»]. En este congreso tomó conciencia Garrido de la trama de intereses de todo tipo que no estaban dispuestos a favorecer una renovación de la filosofía en España. Mucho más calmados (y probablemente también más provechosos) fueron los dedicados a la filosofía de Wittgenstein, de Quine (con quien Garrido y Carmen trabaron una sincera amistad y con quien viajaron por el norte de España, como recoge la autobiografía de Quine, *The Time of My Life*), de Strawson o de Davidson (Garrido organizó el primer simposio que analizó monográficamente su filosofía, como Davidson reconoce en el volumen que protagoniza en *The Library of Living Philosophers*), o los que, ya en Madrid, contaron con la presencia de Popper o Chomsky. Un hito importante en esta serie de reuniones (y significativo también de la personalidad filosófica de Garrido) fue la celebrada en Alicante en 1981, cuyo tema fue la filosofía de la mente. Asistieron, entre otros, personalidades tan filosóficamente dispares como John Eccles, Max Black, José Ferrater, John Searle, Donald Davidson, Charles Taylor, Guttorm Fløistad, Dagfinn Føllesdall, Raymond Klibansky o Paul Ricoeur.

Independientemente de los simposios, pasaron por Valencia un buen grupo de ilustres invitados que pronunciaron conferencias y participaron en coloquios con profesores y estudiantes. Estuvo muy concurrida, por ejemplo, la conferencia de von Hayek en 1976, en los agitados inicios de la transición. Por esas mismas fechas, pasaron también por el Departamento de Lógica John Searle y Stuart Hampshire, H. von Wright, G. Kalinowsky o Edgar Morin. Con von Wright y su esposa tuvimos varias reuniones en casa de Garrido donde oímos algunas anécdotas sobre la estancia de Wittgenstein en casa de los von Wright en Noruega completamente reveladoras de su carácter. Guardo un especial recuerdo de la visita del miembro del Círculo de Viena y padre de la expresión «giro lingüístico», Gustav Bergmann, en 1978. Cenando en un restaurante, uno de los camareros le preguntó a Garrido por la nacionalidad del huésped. Al poco rato, había colocado una pequeña bandera de Austria encima de la mesa. Bergmann reaccionó con indisimulada cólera y el camarero, perplejo, hubo de retirarla. Bergmann, vienés de nacimiento y judío, no había olvidado su huida de Austria en 1938 acompañado de su familia a causa de la persecución nazi. Además, durante su estancia se produjo el fallecimiento de Gödel, a quien le unía una gran amistad desde sus días en Viena. Cuando en un pueblo del Maestrazgo Garrido se lo comunicó, Bergmann rompió a llorar como un niño. Ya más sereno, nos contó que cuando Gödel quería nacionalizarse como estadounidense se le exigió jurar la constitución americana. Bergmann y Carnap lo acompañaron a la oficina correspondiente y les costó mucho trabajo convencerlo de que lo hiciera. Gödel se negaba al grito de «¡esto es inconsistente!».

Desde principios de los setenta hasta su muerte, Garrido desarrolló una muy intensa actividad editorial en la que tuvo siempre un protagonismo destacado su mujer Carmen García-Trevijano. Sus comienzos fueron con la editorial Tecnos, entonces una empresa casi artesanal que sostenía un filántropo, Gabriel Tortella, al que Garrido profesaba una cierta admiración. Tecnos, que era una editorial esencialmente volcada al derecho, publicaba sin embargo la colec-

ción «Estructura y función» (más conocida como la «colección azul»), que dirigía Tierno Galván y que introdujo en España en ediciones muy dignas la traducción de muchas de las obras claves de la filosofía analítica de la primera época. Allí publicó Garrido a partir de 1972 su *Lógica simbólica*, un libro modélico por su claridad expositiva que ha iniciado en la lógica formal a muchas generaciones de estudiantes españoles e hispanoamericanos. Fundó además en Tecnos la colección «Filosofía y ensayo», en donde aparecieron a lo largo de los últimos cuarenta años un número importante de textos filosóficos tanto analíticos (Wittgenstein, Popper, Russell, Lakatos) como continentales (Heidegger, Jaspers, Berlin, Nietzsche), historias de la filosofía y de la ciencia, enciclopedias, etc., etc., sin olvidar un importante número de monografías de autores españoles. En la década de los ochenta, Garrido se hizo cargo de la dirección de la colección Teorema en la editorial Cátedra. Esta colección refleja de manera bastante fiel esas «afinidades electivas» de Garrido, que no dejaban de chocar a mucha gente de la profesión a quienes les resultaba disonante que alguien con la vitola de lógico, interesado por la inteligencia artificial y la filosofía de la ciencia, se sintiera atraído por lo que se tenía que era, casi por ley natural, su opuesto. Sin embargo, hizo coexistir en un mismo espacio a Russell con Heidegger, a Wittgenstein con Braudillard, a Habermas con Lyotard o a Searle con Derrida. En filosofía (y también en otros ámbitos) Garrido era un espíritu libre que no practicaba exclusiones dogmáticas ni reclamaba adhesiones inquebrantables.

Esta actitud suya, estoy seguro, no le ayudó demasiado en sus últimos ocho años como profesor universitario. Su posición en la universidad española de los ochenta, particularmente durante sus últimos cinco años en la Complutense, era demasiado vulnerable; se había convertido en un verdadero *vogelfrei*. Por una parte, estaba el supuesto pecado de origen, al que ya hemos aludido, que no se perdía ocasión de esgrimir en su contra y en cuyo interesado relato era imposible distinguir entre leyenda y realidad. Por otra parte, su intervención en la renovación filosófica española desde los años

de Valencia, pluralista y en nada dogmática, desplazó algunos proyectos, minimizó otros y frustró algunas operaciones de tipo político-académico con su consiguiente pelotón de damnificados. Por si fuera poco, Garrido no tenía detrás —de hecho nunca lo tuvo— un partido político, un sindicato o una organización religiosa en la que apoyarse. En 1990, cuando faltaban unos meses para su jubilación, surgieron en el departamento que dirigía unos problemas administrativos de carácter menor que dieron ocasión a que el Rectorado de la Complutense le abriera un expediente en virtud del cual se le suspendió de empleo y sueldo tres meses antes de su jubilación. Este episodio fue quizás uno de los tragos más amargos de su vida (mucho más, desde luego, que todo el *affaire* de la cátedra de Valencia y sus secuelas) y también el más vergonzoso. Garrido era consciente de que todo ello tenía como verdadera finalidad el impedir que fuera nombrado profesor emérito y, como consecuencia, apartarlo de un posible tribunal que proveyera la cátedra que él iba a dejar vacante. (Dicho sea de paso, tuvieron que transcurrir veinte largos años para que los miembros del Departamento de Lógica de la Complutense se pusieran de acuerdo para que la cátedra en cuestión saliera a concurso.) Pero también pudo comprobar que, en esa operación, el Departamento era solo una parte; todo el asunto tenía mucho de arreglo de cuentas entre presuntos damnificados por su actividad renovadora. El episodio alcanzó, siendo muy educado, cotas difícilmente superables de sordidez.

Garrido recurrió la decisión del Rectorado ante los tribunales, que anularon la sanción y ordenaron que se restableciera la situación previa. Como sucede demasiadas veces, la reversión ya era imposible porque Garrido se había jubilado ¡cuatro años antes! Decidió entonces querrelarse penalmente contra el rector —el famoso caso Villapalos— por prevaricación. La denuncia fue admitida a trámite pero, en el último minuto antes de que se decretase la apertura de juicio —y con el nombre de Villapalos en las quinielas políticas como futuro Consejero de Educación de la Comunidad de Madrid— sus abogados llegaron a un acuerdo con el querellado

que incluía una indemnización monetaria y otras contrapartidas: el nombramiento de Garrido como profesor emérito y la apertura de una investigación en el departamento sobre las obscuras circunstancias que habían dado lugar al expediente. Garrido cometió aquí un error que lamentaría siempre. Recibió la indemnización pactada (aunque lo que realmente percibió fue el 10% de lo acordado), pero, lo que para él era más importante, ninguna de las otras contrapartidas. El Tribunal Supremo falló finalmente, como resultado de un nuevo proceso, que la indemnización que había recibido era perfectamente legal como reparación del perjuicio que injustamente le había causado la Universidad Complutense.

La nueva etapa que para Garrido se abrió con su jubilación (entonces tenía 65 años, pues hubo un corto período en el que la jubilación de los profesores universitarios se adelantó en cinco años) tuvo una inauguración amarga, pero también le proporcionó un cierto alivio y nuevos incentivos. Liberado de sus obligaciones académicas y de las fuertes tensiones de los últimos tiempos, se volcó en tareas editoriales y, sobre todo, en el estudio de la filosofía española. Este último interés no era nuevo del todo. A comienzos de los sesenta, había publicado ya algunos artículos sobre Ortega y Zubiri y en 1983 *Teorema* había dedicado un monográfico a Ortega con motivo del centenario de su nacimiento. Yo le había oído hablar algunas veces de Santayana y de su relación con Russell; contaba con frecuencia cómo éste había sido socorrido financieramente por Santayana cuando se vio en dificultades en EE.UU. Con todo, me sorprendió un tanto que, al reaparecer *Teorema* en 1996, me pidiera disponer de un suplemento dedicado a Santayana y que pudiera incluir también contribuciones relacionadas con la filosofía y la ciencia españolas. Así nació *Limbo*. Garrido y Carmen se encargaron siempre de todo lo relacionado con él, hasta que el suplemento empezó a publicarse como un fascículo separado.

Garrido nunca me lo dijo abiertamente, pero sospecho que, además de su genuino interés por Santayana, en el trasfondo del nacimiento de *Limbo*, había también motivos relacionados con el de-

seo de que *Teorema* no perdiese del todo ni su ecuménico carácter fundacional, ni su anclaje en la filosofía española. No se fiaba, con razón, de que yo continuara en esa línea. La ocasión vino facilitada por el acuerdo de la Comunidad de Madrid de fundar una «Cátedra Santayana» en el Ateneo de la capital (incluso apareció el nombramiento de Garrido como director en el diario oficial de la Comunidad)... que no tuvo ningún efecto concreto. El acto inaugural de la Cátedra tuvo lugar en febrero de 1996 y fue financiado íntegramente por el propio Garrido. Una vez celebrada la inauguración, nunca más tuvo noticia oficial alguna de la neófito. *Limbo* se siguió publicando como «Boletín de la Cátedra Santayana», un mero ente de razón que decidimos de consuno que pasara a mejor vida cuando se convirtió en un fascículo separado.

Garrido había leído a Santayana en su juventud y aunque reconocía que su estilo era de difícil encaje en nuestro siglo, siempre lo tuvo en muy alta estima. Parte de su querencia por Santayana procedía, no me cabe ninguna duda, del schopenhaueriano desprecio por la filosofía de profesores del que éste hacía gala y que Garrido compartía. Recuerdo un comentario algo hiperbólico pero revelador, que me hizo en un aeropuerto cuando alguien lo identificó. «Prefiero que me identifiquen con un gánster antes que con un profesor de filosofía». Además, el escepticismo de Santayana, su modestia, su generosidad y desprendimiento e incluso su humor encajaban como un guante con la personalidad de Garrido. Y la pasión con la que hablaba de él y de su vida, tanto en su época de Harvard como al final de sus días en Roma, siempre me hicieron pensar que Santayana era *su* ejemplo de vida que merece la pena ser vivida.

En la presentación de la «Cátedra» (y de *Limbo*) en el Ateneo, Garrido se quejó amargamente de que en ese momento sólo hubiera una obra de Santayana disponible en las librerías españolas. A pesar de que era bastante comprensivo con algunas veleidades de Ortega, se refería con frecuencia a lo singular que resultaba la ausencia casi total de Santayana, un filósofo de extraordinario éxito en las primeras décadas del siglo XX, en las plataformas editoriales que Ortega

controlaba y, en cierto sentido, lo hacía responsable de su posterior desconocimiento entre nosotros. Fomentó la publicación de numerosas obras de Santayana en Tecnos y Cátedra (*Diálogos en el Limbo*, *Tres poetas filósofos*, *La vida de la razón*) y KRK (*Interpretaciones de poesía y religión*, *Dominaciones y potestades*), iniciativa que, felizmente, siguieron otras editoriales, y en casi todos los números de *Limbo* se dieron a conocer escritos suyos (algunos inéditos). Pero, fiel a sus convicciones, Garrido también se ocupó de que *Limbo* incluyera artículos relacionados con la ciencia, la filosofía o la literatura españolas. El suplemento facilitó también la creación de nexos de unión entre los entonces bastante dispersos santayanistas españoles y sus homólogos del otro lado del Atlántico. Veinte años después de la aparición de *Limbo* puede decirse que, al menos entre los filósofos españoles, Santayana ya no es aquel completo desconocido.

Ya octogenario, Garrido se embarcó en dos proyectos monumentales, tanto por su alcance como por el número de personas que estuvieron involucradas en ellos. Tengo que confesar que yo los vi en un principio con mucho escepticismo y así se lo dije de manera franca. Pero aunque el tiempo de elaboración fue bastante más largo que el previsto, es claro que subestimé su capacidad de trabajo. El primero de esos proyectos cristalizó en *El legado filosófico y científico del siglo XX* (Madrid, Cátedra, 2007, 1.056 páginas), que intenta ser una especie de «biografía» del siglo XX filosófico y científico con la peculiaridad, conscientemente buscada por él, de adjudicar a la filosofía y a la ciencia españolas del siglo XX el justo valor que casi siempre se le ha negado dentro del contexto europeo y americano. La ciencia española de lo que se suele denominar como la «edad de plata» es, por desgracia, bastante desconocida. Si pocos la identifican con nombres como Ramón y Cajal (1852-1934), nuestro primer premio nobel científico, o como Torres Quevedo (1852-1936), el ingeniero que, en cierto modo, fue precursor de Turing, muchos menos la relacionan con la filosofía española de principios del siglo XX. Garrido ya había publicado en 2003 una contribución a la prestigiosa *Cambridge History of Philosophy* dirigida por Thomas Baldwin so-



bre la filosofía española entre 1850 y 1945, en la que delineaba esa conexión y que en *El legado* tiene ocasión de exponer con más detalle.

Ni la edad ni el extenuante trabajo que realizó para dar fin a este volumen disuadieron a Garrido de embarcarse en otro proyecto aún más comprometido, sobre todo porque el tema era más cercano y él, lo quisiera reconocer o no, era uno de sus actores destacados. El resultado fue otro libro, *El legado filosófico español e hispanoamericano del siglo XX* (Madrid, Cátedra, 2009, 1328 pp.), que mereció el premio Menéndez Pelayo de ensayo. Se trata de una obra singular que utiliza en su forma las técnicas del hipertexto y que, a buen seguro, tendrá que tener en cuenta todo aquel que quiera estudiar seriamente la filosofía española en el siglo XX. El libro presenta, por lo que se refiere a su contenido, dos rasgos destacables. En primer lugar, Garrido insistió cuando el proyecto todavía estaba *in albis*, que una historia de la filosofía española no podía prescindir del tratamiento de la ciencia (Cajal, Torres Quevedo, ya mencionados, o Turró, Marañón u Ochoa), de la filología y la historia (Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Américo Castro) o de figuras literarias próximas a la filosofía como Antonio Machado, Azorín, Baroja, Valle Inclán o Martín Santos.

Por otra parte, Garrido no comulgaba con la idea de que, después de la Guerra Civil ya no había filosofía o, en general, vida cultural en España. Cosa distinta es que las facultades de filosofía de aquellos años fueran, en expresión suya, un «parque jurásico», pero la vida universitaria no se había suspendido; se daban clases, se hacían exámenes, se leían tesis y se celebraban oposiciones. Gran parte de los filósofos españoles que tomaron el relevo en la universidad a partir de los setenta proceden, como es natural, de ese «parque», y por mucho que uno lo intente, es imposible saltar por encima de la propia sombra. Garrido optó conscientemente por que el libro no fuera hemipléjico e hizo una división entre la filosofía del exilio (Gaos, García Bacca o Ferrater, por citar tres figuras señeras) y la «filosofía» del interior, aún a riesgo de que algunas almas demasiado sensibles lo tacharan de incurrir en incorrección política. Con el mismo

espíritu, el libro trata la pluralista eclosión filosófica que se produce en España a partir de los setenta y dedica un apartado especial a la filosofía en Cataluña, donde Garrido observaba una antigua y continuada influencia de la filosofía del sentido común de raigambre escocesa, ausente de otras partes de la península. El libro se completa con una panorámica de la filosofía en Latinoamérica en el siglo XX, un tema que Garrido había ya frecuentado algunas veces. La más reciente fue su contribución al *Companion to Latin American Philosophy* publicado por Blackwell en 2009, que examinaba la influencia de Ortega en la América hispana.

Garrido pertenecía al tipo de intelectuales, por desgracia prácticamente extintos, que todavía consideraba a la filosofía como una actividad de amplio alcance, diferente de las ciencias naturales y sociales, pero en diálogo constante con ellas, interesado siempre por sus relaciones y afinidades con la tecnología, la literatura, las artes, la política, la religión y, en suma, con la vida. No en vano, uno de los autores que más había frecuentado en su juventud y al que muchas veces evocaba era Dilthey. Su magisterio en la Universidad, y fuera de ella, lo ejerció sin dogmatismos ni sectarismos, con una generosidad sin límites y ajeno por completo a las supercherías, los personalismos y las modas que, por desgracia, tanto abundan. Intervino en la formación de bastantes generaciones de estudiantes y en algún sentido «hizo escuela» sin anular a nadie, respetando las diferentes «concepciones del mundo» de cada uno, teniendo solo como enemigo el adoctrinamiento y la imposición. Esto es lo que Julio Seoane, uno de sus más brillantes discípulos, llamó alguna vez el «teorema de Garrido» que consiste en ser generoso con el alimento intelectual que se ofrece sin servirse de él ni exigir contrapartidas. Garrido, como su admirado Santayana, detestaba el egotismo, esa dificultad tanto teórica como moral que impide aceptar a los demás como una genuina realidad autónoma, plural y diversificada.

Si tuviera que singularizar algunos rasgos característicos de Garrido, señalaría en primer lugar su devoción, a veces algo exagerada, por las novedades tecnológicas, particularmente por la informática

y la inteligencia artificial. Se trata sin duda de una herencia de los días en que explicaba psicología en Granada y que recibió un refuerzo importante con su dedicación a la lógica simbólica y a la teoría de la computación. Alan Turing, su vida y sus logros, estaban presentes con frecuencia tanto en sus clases, como en muchas de sus conversaciones. Garrido sabía además sacar partido, y de manera brillante, a sus incursiones por la inteligencia artificial. He presenciado en bastantes ocasiones cómo se lamentaba del triste destino del ser humano, que él concebía, metafóricamente, como una especie de sistema experto artificial compuesto de dos elementos: una base de conocimiento, que empezamos a atesorar, por así decirlo, desde nuestro nacimiento y un motor heurístico-inferencial encargado de modelar nuestros procesos de búsqueda y razonamiento. Lo trágico de nuestra condición consiste, según su analogía, en que cuando el motor heurístico-inferencial ya no es capaz de cumplir su función, ya sea debido a la muerte o una enfermedad irreversible, la base de conocimiento se convierte en irrecuperable en ese mismo instante; simplemente *desaparece*. La muerte de cada ser humano es entonces algo parecido a la destrucción de una biblioteca que almacenase ejemplares únicos. Fantaseaba con un mundo futuro en el que las diferentes bases de conocimiento pudieran ser transferidas a algo similar a una «memoria externa» de modo que nuevos motores inferenciales pudieran hacer uso de ellas y el caudal de conocimientos adquiridos en toda una vida no se desperdiciara inútilmente.

Un segundo rasgo de Garrido lo constituye la extraordinaria actividad que desplegaba, una actividad que ni siquiera la enfermedad logró minar. Mis recuerdos de Garrido cuando, una vez jubilado, lo visitaba de vez en cuando en su casa de Madrid, me lo presentan sentado en un sofá, rodeado de libros literalmente por todas partes —su legendaria biblioteca de más de 20.000 volúmenes se ha dispersado por desgracia—, estudiando, informándose de alguna novedad o corrigiendo algún trabajo. También lo recuerdo en una cama de una unidad de cuidados intensivos, después de haber sufrido un importante episodio de angina de pecho, tratando de corregir

en su *tablet* alguna de las espléndidas introducciones que prodigaba, entre otros lugares, en *los esenciales de la filosofía* de Tecnos. No era una persona a la que le gustara la vida social (de hecho la rehuía) más allá de salir a comer algunas veces con unos pocos amigos. No supo nunca tampoco qué eran unas vacaciones de verano. Trabajaba durante toda la noche —así lo hizo hasta unos días antes de su muerte— y dormía escasamente tres horas diarias. Su medio de comunicación preferido era el teléfono y tengo todavía vivas en mi memoria las largas e intensas conversaciones que manteníamos sobre los asuntos más dispares, con mucha frecuencia a horas intempestivas.

Garrido no era una persona arrogante o vanidosa; pecaba más bien de humildad intelectual; siendo como era una referencia importante en la filosofía española jamás alardeaba de sus conocimientos ni mucho menos de sus méritos y escasamente hablaba de sí mismo. No es que fuera un santo y lejos de mí sugerir algo parecido. Seguramente me replicaría recordándome el temor que Nietzsche expresa en *Ecce homo* de que algún día lo declarasen santo. Garrido tenía un fuerte orgullo: no le resultaba fácil dar su brazo a torcer; se sentía particularmente herido por la injusticia y cuando había algún asunto de por medio que él consideraba deshonroso era inflexible, no admitía transacciones. Pero su orgullo tuvo siempre como contrapeso su extraordinaria generosidad, tanto con su tiempo como con su dinero o, como demostró hasta la saciedad, con las miserias académicas que siempre despachó con suma elegancia. Si es verdad que, como Wittgenstein afirma, lo que nos aparta de ser una buena persona es esencialmente el egoísmo, Garrido era todo lo contrario a un egoísta; era, en la inmensa mayoría de sus rasgos, una persona decente.

Como su admirado Santayana, el punto de vista filosófico de Garrido era el de un materialista —o mejor, el de un naturalista— que creía de forma genuina en la animalidad de la mente; pensaba que nuestro componente animal, lo queramos o no, acaba siempre reclamando sus derechos, y para el que la vida, todos los aspectos de la vida humana, eran el origen de cualquier reflexión. Esa postura la

mantuvo constante desde sus lecturas juveniles de Dilthey y está en la base de sus querencias orteguianas. Quiso sin embargo el destino que lo último que escribiera — «La otra cara de Heine» — versase sobre un autor también muy querido para él desde su primera adolescencia, aunque en apariencia bastante alejado de Santayana o de la filosofía de la vida. Ambos, sin embargo, comparten una relación singular con la cultura española que le oí evocar muchas veces. De Heine, un enamorado de la literatura del barroco español, se dice que leía el *Quijote* — «la mayor de las sátiras contra el entusiasmo humano», afirmaba él— al menos una vez cada cinco años. Por su parte, Santayana responde en la «Apología pro Mente Sua» a la descripción que se había hecho de él como un «místico castellano», aceptando esta apelación como un halago, a pesar de la dureza con la que se había empleado contra los místicos. Santayana lo justifica alegando que la puntualización «castellano» confiere al místico «un inquebrantable realismo sobre el mundo y a la vez una inmaculada lealtad al ideal»; se trata, en suma, —dice él— de un «Don Quijote cuerdo». Garrido fue también, en muchos aspectos de su vida, un Quijote cuerdo, un hombre sabio para quien, como dice también Heine, la verdadera sabiduría no es otra cosa que «locura cuerda» que procura un refugio confortable ante el desagradable espectáculo del mundo. A Garrido le gustaría con seguridad que se resumiera *à la* Santayana cómo había sido su vida: la combinación de un firme realismo sobre el mundo de la vida anudado con una permanente lealtad a sus convicciones éticas e intelectuales.